

era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querían hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al virrey en si les dejaría ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo:

—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dñese.

Agradeció el de la Blanca Luna con cortesés y discretas razones al virrey la licencia que se le daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazón, y á su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vio que su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesais las condiciones de nuestro desafío. Don Quijote, molido y aturrido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.



—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el virrey y Don Antonio con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero.

Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al virrey, á medio galope se entró en la ciudad.

Mandó el virrey á Don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era.

Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho todo triste, todo apesado, no sabía qué decirse ni qué hacerse. Parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento.

Vea á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas obscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento.

Temía si quedaría ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el virrey, le llevaron á la ciudad, y el virrey se volvió también á ella con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado á Don Quijote.



## CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio y otros sucesos.

SIGUIÓ Don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él Don Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues, el de la Blanca Luna, que aquel caballero no le dejaba, le dijo:

—Bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negárosllo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condición de nuestra pelea que el vencido quedase á discreción del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra.

Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirle otra cosa alguna: suplicoos no me descubráis, ni le digáis á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejan las sandeces de la caballería.

—Oh señor! dijo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él.

—No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que causa la

cordura de Don Quijote á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad diría que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.

El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido Don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia.

Contó Don Antonio al virrey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el virrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento.

Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo:

—Señor mío, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le há menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidioso, aunque es vuesa merced el más mal parado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algún condado que darté.

—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión. En esto estaban cuando entró Don Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento:

—Albricias, señor Don Quijote, que Don Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del virrey, y estará aquí al momento. Alegróse algún tanto Don Quijote, y dijo:

—En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar á Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á Don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero, ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y portazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta Don Gregorio y el renegado al virrey de su ida y vuelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años.

Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura.

Las dos bellezas juntas de Don Gregorio y Ana Félix, admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio. Contó Don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba á sus años.

Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado como á los que habían bogado al remo. Reincorporóse y redujóse el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y

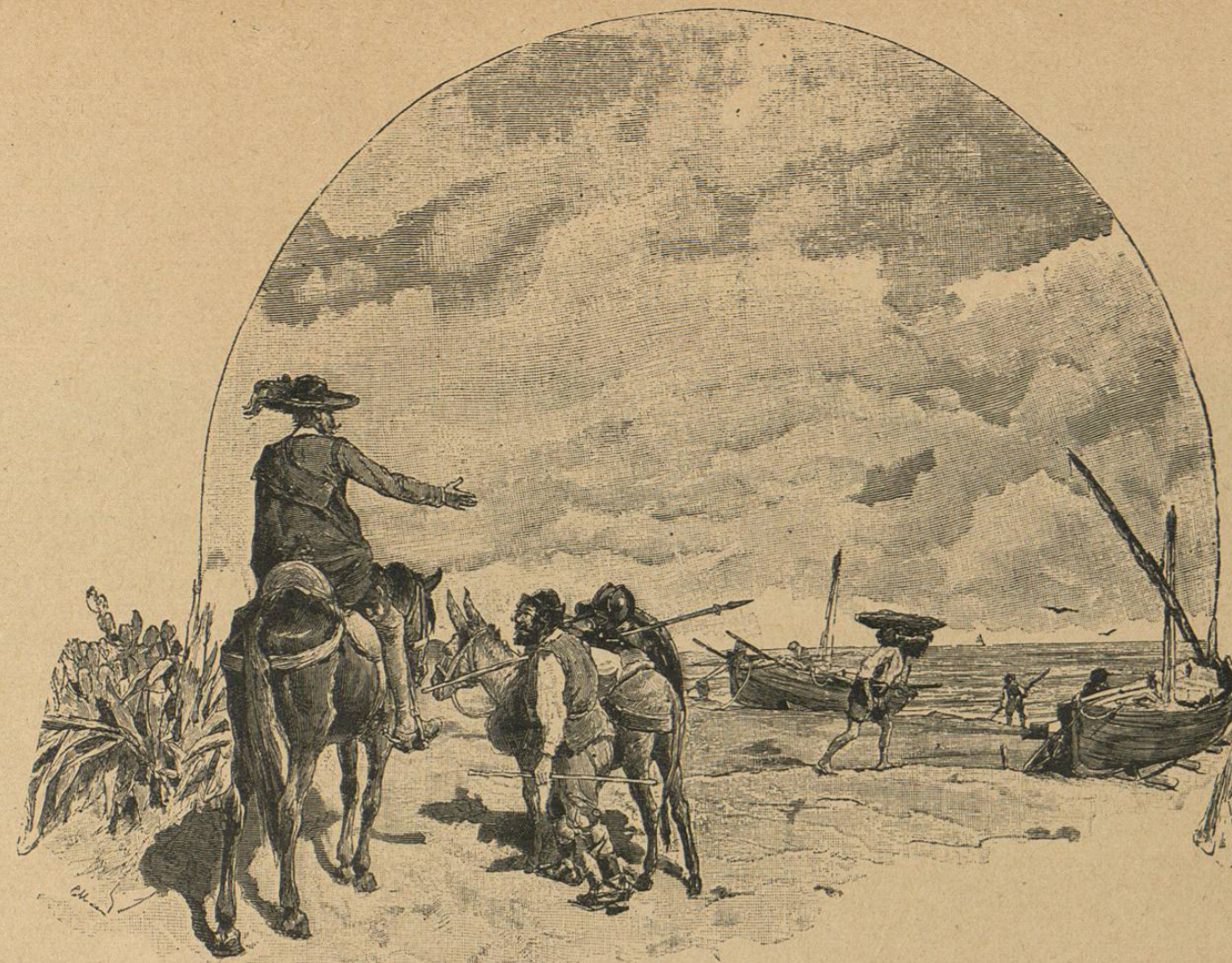
sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos días trató el virrey con Don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedase en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado.

Don Antonio se ofreció á venir á la corte á negociarlo, donde había de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

—No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica, y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecución el peso de tan gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como ratz escondida, con el tiempo venga después á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía.

Heroica resolución del gran Filipo III, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal Don Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor virrey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.

El virrey consintió en todo lo propuesto: pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar á Doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de Don Antonio, y Ricote en casa del Virrey. Llegóse el día de la partida de Don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos si los quería; pero él no tomó ninguno, sino sólo cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.



## CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

**A**L salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo:

—Aquí fué Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste: porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura.

Yo lo he sido de la mía, pero con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime, en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva,  
que estar no pueda  
con Roldán á prueba.

—Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado.

—Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio mal galardón.

—Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosas que estorbases su camino, y al quinto día, á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un mesón mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo:

—Alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de haer en nuestra apuesta.

—Sí diré por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

—Es, pues, el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarían las cinco arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que Don Quijote respondiese: y á mí que há pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito.